

EL MOTÍN

Año XLI

Madrid, Sábado 15 de Octubre de 1921.

Número 42.

EL MOTÍN ¿Libertad para qué?

PERIÓDICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

FRANCISCO RIVAS

Ha muerto en Barcelona este periodista que durante tantos años colaboró en EL MOTÍN. Por lo mucho que sabía, lo elevado de su espíritu, la grandeza de su corazón, la entereza de su carácter, su integridad y su honradez, era admirado y respetado por cuantos lo trataban.

No he conocido hombre que ostentase menos que Rivas sus cualidades relevantes, ni que se cuidase menos de alcanzar la celebridad que por tantos conceptos merecía.

«Jamás transigió con la injusticia, nunca claudicó de sus convicciones ni se doblegó ante el poderoso, ni rehuyó la defensa del desvalido.

»Fué un carácter entero, un hombre honrado, en el concepto absoluto de la palabra: un trabajador incansable, ¡y muere pobre! ¡Lo eterno!»

Esto dice de él la Revista ilustrada, financiera y comercial *Adelante!*, de la que era redactor jefe, guía y maestro desde su fundación.

De ser posible reunir sus trabajos diseminados en revistas y periódicos, se vería lo grande de su labor y lo inmenso de su cultura, sobre todo en cuanto se relacionaba con las cuestiones económicas.

No creo haber hecho aun justicia a sus méritos con todo lo dicho.

A su Señora viuda doña Rafaela Mingot y a su hijo Arcadio ¿qué decirles? Que se enorgullecen de haber tenido tal esposo y tal padre, como yo lo estoy de que me honrara con su amistad.

JOSÉ NAKENS

Ya andamos á vueltas otra vez con la supresión ó la *dulcificación* de la censura. Y no hay periódico que no rompa lanzas por la libertad de imprenta.

¿Libertad para qué, ilustres compañeros?

Para enjuiciar severamente, no; porque ya veréis cómo, levantada ó *dulcificada* la censura, seguís casi todos suaves y melosos con el Gobierno y con todo lo afecto al Gobierno.

Para decir las verdades, las hondas verdades que hay que decir, tampoco; esas seguirán corriendo de redacción en redacción sin asomar al papel impreso nunca, ó casi nunca (seguiré utilizando el *casi* para que se den por satisfechos todos creyéndose comprendidos en la excepción).

¿Para qué, entonces? Para que os respeten en su integridad las detalladas informaciones que recibís y que son las que acreditan á los periódicos ante el público (los acreditan de bien informados, se entiende). Las quejas actuales dan fe de que es así: se basan *casi* todas en que á otro se le han dejado pasar quinientos morcos más en un relato. Dolor no de escritor amante de la libertad, sino de administrador escrupuloso.

¿Es que tan claro habláis de cosas para las que no existe censura previa? ¿Qué censura previa os impidió nunca hablar sobre el contrato con el Banco, ni cual os prohíbe, de pocos días á esta parte, hablar contra el aumento de tarifas en los tranvías?

Es la comedia del amor á la libertad. Menguada libertad, pues de haber censura á no haberla apenas hay más diferencia que la que va de no poder escribir, á ir á la cárcel por haber escrito.

Casi me arrepiento de haber escrito *comedia*, y no francamente *farsa*.

Deseo noble y humanitario

Sr. D. José Nakens

Muy señor mío: En los momentos actuales, cuando el corazón se desgarrá de dolor brutal é impotente viendo marchar tal vez para siempre, á los seres que nos son queridos, á mí, que soy mujer, y no puedo, por lo tanto, acompañarlos, me invade un sentimiento de vergüenza al pensar que mientras mis hermanos los

hombres mueren ó sufren tormentos mil veces más horribles que la misma muerte, yo no hago otra cosa que llorar.

Una ola inmensa de piedad y un afán loco de prodigar consuelo á los que sufren me hacen desear ir con ellos.

Si fuera rica, ó perteneciese á otra esfera social, poco me costaría realizar mis deseos, pues la Cruz Roja está formada por damas ricas y nobles; pero soy una pobre mujer del pueblo que sólo puede ofrecer su vida.

He sufrido mucho y nada me importa morir, pero quisiera que la muerte me sorprendiera siendo útil á mis semejantes, á mis hermanos que sufren.

Hace ocho meses que, después de una corta temporada pasada al lado de mi familia, volvía feliz y contenta al lado de mi esposo, al que encontré expirante, con la cabeza completamente destrucida por la explosión de unos pistones; á los tres días quedaba viuda. Ahora bien Sr. Nakens ¿podría usted decirme si es posible que yo, de condición humilde y sin fortuna, pudiera formar parte de alguna agrupación de enfermeras? No es la vida hasta cierto punto tranquila de los hospitales á la que aspiro: quisiera pertenecer á la Ambulancia, para poder recorrer los campos de batalla, prodigando mis pobres consuelos allí donde mayor fuera el sufrimiento.

¿Que debo hacer para realizar mis deseos? Le agradecería vivamente que me contestase, pues carezco de amistades; y aunque me han dicho que cualquiera dama de la Cruz Roja podría informarme, prefiero molestar á usted, conociendo bien su bondad.

Aprovecha la ocasión para ofrecerse de usted atenta y S. S.

CELIA FERNANDEZ TORRENTE

Ferrol 9 Octubre 1921

— Sin estar autorizado para ello, publico esta hermosa carta que difunde un rayo de luz humanitaria sobre tantos dolores y tristezas como actualmente sufre España. Y ofrezco á la digna hija del Pueblo que la firma, enteramente cuanto antes de lo que tiene que hacer para conseguir lo que desea y comunicárselo.

Hasta tanto, la felicito por la sencillez y claridad con que ha expuesto su elevado propósito.

Celebrábase en el pueblo de Guareña (Badajoz) una novena á la Virgen del Pilar.

El día 6 prendió fuego una vela al manto de la Virgen, los fieles se lanzaron en confusión hacia la puerta presa de un gran pánico; el cura subió al púlpito y trató en vano de calmarlos, pero en vista de que el incendio aumentaba por momentos, acabó él arrojándose por una ventana á la calle.

Resultaron varias personas heridas y contusas y tres jóvenes muertas.

Por respeto á las víctimas me abstengo de comentar este suceso en el estilo que acostumbro. Mas no quiero dejar de hacer una pregunta:

Si para estos casos no, ¿para cuando se reservan los milagros?

El lugar de la energía

¿Quién ha dicho que el pueblo de Madrid se ha convertido en una especie de man o cordero?

Cierto que hace ya más de un año vive á oscuras y poco á poco se va quedando ciego.

Cierto que tiene el pan caro y cada día peor y más mermado.

Cierto que la carne se le ha convertido en la serpiente de mar, que todos hablan de ella y nadie la ha visto.

Cierto que le acaparan las patatas para que nunca bajen.

Cierto que no tiene tranvías ni coches de alquiler.

Cierto que no tiene tampoco casa donde meterse y los caseros le dan una lilia como para dejarlo hecho una breva.

Todo esto es verdad y que Madrid lo aguantan con tal paciencia, que Job resulta un Pepe el Tranquilo.

¡Buena, pero... que salga á la plaza un toro mógon del izquierdo ó baldada de una ó dos patas!

Inmediatamente los madrileños resultan hircanos ó de jiva. Se quedan roncos y apopléticos de tanto gritar, enarbolan los bastones y los agitan cual tijantes espadas.

Unense con la solidaridad de la indignación, que ha hecho en el mundo todas las grandes revoluciones.

¡Son un solo hombre!

Hacen subir una ola de energía hasta el palco presidencial, que se impone, que munda arrolladora.

De seguro que más de un Teniente alcalde ha dicho, ó, por lo menos, ha pensado: «Si esto hacen los madrileños sin comer ¿qué harían bien comidos?»

Y se han confirmado en la necesidad de proteger á los tahneros, carniceros, parateros y demás eros que han puesto á dieta á la Heróica Villa. ¡Y tan Heróica!

Los provincianos, que suelen tener muy mala lengua, serán capaces de sacar deducciones que no nos favorezcan á los gatos.

No tienen razón.

Me parece que entre la falta de peso de un pan ó de un toro, es de mucho más bulto la de éste.

¿Qué tiene, por lo tanto, de particular que nos levante en vilo la del toro y nos deje tranquilos la del pan?

Hizóse célebre Birbieri al poner en música la frase: *Pan y Toros*.

¿Porqué nosotros no hemos de aventajar á las gentes regidas por

Godoy y doña Pepita, y contentarnos con los toros sin el pan?

¡Creían aquellos infelices que hacían una gran cosa no pidiendo á sus reyes y gobiernos más que pan y toros!

Aquí estamos los madrileños regidos por Maura y Coello, que suprimen el pan con tal de que nos dejen con los toros.

El domingo pasado hubo una bronca fenomenal en el que podríamos llamar teatro único de nuestras energías, porque salió un toro realmente bastante estropeado. Yo veía aquel furor y aquella imponente unanimidad en la protesta, y pensaba: «¡Cualquiera se figura que estas gentes se van luego á un cachitil que les cuesta muy caro y cenar unas patatas viudas, á la luz de una vela puesta en el cuello de una botella, sabiendo que á fin de mes viene el que pomposamente llama mos el de la luz y cobra una porción de pesetas.

¡Viva Madrid!

JUAN GIL

Sigue el tema

Pero ¿es que ya vas á vivir á oscuras, pueblo un tiempo león y hoy vil borrego? ¿Ya te has acostumbrado á las tinieblas en que tus ojos van quedando ciegos?

¡Así aguantas la sordida codicia de la canalla que te toma el pelo y te vende un fillo que no existe y te cobra después mucho dinero?

¿No ves á tus esposas y á tus hijas sometidas al bárbaro tormento de dejarse la vista y la existencia en el hábil borlido ó el remiendo?

No vas á ese sínodo nero de jóvenes que, del curso escolar en los comienzos, arriman las narices á los libros como con vista de cansados viejos?

¿No ves á los que el mísero salario ganan copiando músicas ó versos desesperados arrojar la pluma á la luz de un candil amarillento?

¿Y las públicas calles y las plazas en las que vuelven los felices tiempos del jagua val, y el sucio farolillo y del corchete que interrumpe el duelo?

¿Y aguantas tales cosas, pueblo amado, en aras del cuantioso dividendio que logran repartir unos señores cuyo automóvil te salpica el cieno?

¿Y eres tu el pueblo aquel del 2 de Mayo del invencible y varonil arresto? ¿O eres pueblo de viejas tabacosas que el golpe aguantan con servil silencio?

Tú necesitas ver. Tú necesitas, porque lo dan la ciencia y el progreso, que la bombilla eléctrica te alumbré tu nocturno trabajo y tu recreo.

Este no es un favor que te conceden, este es tu sacrosantísimo derecho, y si no te lo dan, debes tomarlo.

¡Lo pide así la dignidad del pueblo!

Forma imponente procesión pacífica y acude al Rey, á Maura ó al Gobierno.

Ayuntamiento de Madrid

Que olviden un instante la política; que se ocupen de ti por un momento.

Mas si no te atendieran por pacífico, pueblo que fué león y hoy es borrego, ¡recuerda á tus esposas y á tus hijas sometidas á un bárbaro tormento!

JUAN GIL

¿Aprovecharán la ocasión?

«Terminado ya el grandioso templo de la nueva residencia de los Padres Dominicos, se preparan en Valencia grandes fiestas con motivo de su completa inauguración.

«Será consagrada la iglesia por Su Santidad el Papa Benedicto XV, quien ha querido dar esta muestra de particular afecto á la Orden dominicana y al pueblo fiel de Valencia. Le representará como legado á latere el cardenal arzobispo de Tarragona.»

Esto leo en un periódico, y me rego-ijo pensando en que, después de bendecido el edificio, saldrán los dominicos á comprar lo necesario para instalar cien camas por lo menos en las habitaciones más higiénicas de su nueva residencia, para albergar y cuidar los heridos que vayan llegando de la guerra.

Y pienso que lo harán, no sólo por ser obra caritativa, sino para demostrarnos que, si en otros tiempos creyeron los de su Orden servir á la Iglesia tendiendo á criaturas humanas en catres de tormento antes de sentenciarlas á ser quemadas vivas, en éstos, arrepentidos, se consagran á disputar víctimas á la muerte, restañando heridas hechos por infieles en cuerpos de cristianos.

¡Y con qué beatitud, después de llenar esta evangélica misión, entonarán alabanzas á su Dios en aquellas habitaciones santificadas, más que por la bendición del Papa, por las lágrimas de gratitud que vertiesen las madres, los hijos y las esposas de los que ellos hubieren asistido, curado y consolado!

Aprovechen esta ocasión para gustar las inefables dulzuras de la caridad humana que sus antepasados no pudieron saborear, atraganta los como estaban de sangre; y así sus sueños serán más tranquilos que los de ellos serían.

EL MILAGRO

Leopoldo se marchaba: toda la familia estaba triste, muy triste; aquel vástago, esperanza de los viejos y orgullo de los jóvenes, iba á ofender su vida en holoocausto de la Patria, y aunque la intención era hermosa y el fin nobilísimo, ni los honrados viejos, ni los animosos muchachos que la componían podían borrar de su imaginación el fatídico presagio que les dominaba, y que, como losa de plomo pesaba sobre sus corazones llenándoles de angustia inexplicable.

El padre se preguntaba si en el fondo sería él un egoísta, pues bien veía y aplaudía la ida de los hijos de los otros, teniendo dos medidas para juzgar los hechos: una para los de casa, y otra para los extraños.

Y la madre, aunque tenía una gran fe en la Virgen de los Milagros, de la que era muy devota, contra su deseo llegó a desconfiar de la Divina Señora (tanto era el amor que profesaba al hijo de sus entrañas).

Y en cuanto a las hermanas, lindas flores encapulladas aún, creían que sobre ellas se cernían las pardas nubes de una tormenta amenazadora.

Y llegó el día de la partida; el padre, pálido y mudo, estrechó a su hijo temblorosamente contra su agitado pecho, las hermanas vertieron amargas y abundantes lágrimas, y la madre, con la hiel en el alma pero con la serenidad en el rostro, le dijo dando a su voz la firmeza que le imponía su voluntad.

—Hijo mío: la Virgen Santísima de los Milagros hará contigo el de que las balas se estrellen contra el bendito escapulario que lleva su imagen. No temas: está seguro de que en él se incrustarán las balas de los enemigos de Cristo. Ahora, abrázame y marcha confiado a la lucha contra los infieles, que nada podrán contra tí apesar de sus deseos.

El mancebo la abrazó efusivamente, y después de colgarse sobre el corazón el escapulario que le había entregado marchó a engrosar las filas de sus valientes camaradas.

Accidentada fué la travesía; no obstante, el poseedor del escapulario la soportó con serenidad no vista. Y es que recordaba las palabras de su madre: «Marcha confiado a la lucha contra los infieles que nada podrán contra tí apesar de sus deseos.» Y esta confianza la hacía extensiva al mar y a los hombres, pues la seguridad de su madre había sido para él altamente contagiosa.

Llegó el momento decisivo: aquella brava juventud pisó tierra y no tardó en probar su heroísmo incontrastable.

La batalla fué tan reñida como sangrienta, y de una y otra parte se amontonaron los cadáveres, y llegó el día de darles sepultura.

Pero al cumplir este penoso deber con el cuerpo de un bizarro soldado, se vió que la herida estaba sobre el corazón y que ofrecía un aspecto extraño cual ninguna. Dentro de los bordes cárdenos, emergía un círculo negro y raspo que, examinado, resultó ser un pedazo de terciopelo con los restos de una imagen.

En efecto, la bala había dado en medio del escapulario milagroso, solo que había atravesado también el corazón.

ANGELES LÓPEZ DE AYALA

Para qué sirve el saber

Ha leído, no sé donde, que en un mitin ó conferencia un obrero español ha dicho que en punto á instrucción, lo que a él le importa saber es cuándo le pica el hambre. ¡Infeliz! No necesita estudiar para sentir la picadura del hambre. Tiene ella medios sobrados para llamar la atención de quien la padece.

Pero no es saber que tenemos hambre lo que nos importa, sino saber cómo hemos de satisfacerla, y no de un modo ocasional y pasajero, sino con la suficiente garantía para el porvenir. Ahora bien; el conseguir esto es ya obra de instrucción y de educación.

La Historia nos enseña que ha habido hombres—masas de hombres—que han sentido hambre y la han sufrido sin protesta por creer que era un hecho naturalísimo ó merecido, dada su posición.

Otros, faltos de la conciencia de su dignidad personal y de sus derechos, han vivido durante siglos explotados; y de no hace mucho es el caso de que gran número de esclavos negros de los Estados Unidos, en vez de unirse cuando la guerra de Secesión á los que querían darles libertad, combatieron contra ellos al lado de los amos.

A un industrial muy rico, pero no muy culto, de cierta población cuyo nombre callo, he oído calificar de revolucionaria y subversiva toda instrucción dada á los obreros, y lo decía con motivo de haber ido á dar allí una conferencia científica un compañero mío. Preguntado el industrial en cuestión acerca del fundamento de aquellos calificativos, contestó:

—¡Claro! El día que los obreros sepan tanto como nosotros, no habrá quien los maneje.

Tiene razón. Cuanto más cultivado está el espíritu, mejor conoce sus necesidades y sus prerrogativas, mejor aprecia el valor de la personalidad y de las relaciones sociales, y de un modo más firme, más seguro y más racional sabe luchar por el derecho.

Los grandes revolucionarios de la Historia han sido todos los hombres de cultura, y por tenerla han visto claro lo que hasta ellos parecía obscuro, y han podido mover á las masas con el calor de sus convicciones. Acordémonos de los enciclopedistas franceses, de Lussalle y de Maix.

RAFAEL ALTAMIRA

Cuentos de mujer

ENFERMERA DE GUERRA

I

—¡Pronto, Cristinal! mis guantes, mi mantilla negra, el rosario de coralina, el auto á punto...

La aristócrata daba estas órdenes en su saloncillo azul decorado frívolamente.

Ea un tapiz se veía á Safo empujando la pluma y en actitud de escribir una de sus famosas poesías eróticas, rodeada de sus efémeras discípulas. Más allá, un cuadro representando á madame Pompadour con su empolvada peluca, en una de sus orgías palaciegas, llena de joyas valiosas como la reina de Saba en su visita al rey de los judíos. Célebres artistas de la anti-

güedad. La Malibran vestida de Ofelia y dispuesta en su camerino á salir á escena. Estos y otros cuadros parecidos constituían el decorado del saloncillo azul de aquella linda aristócrata.

Dada por la camarera mayor la última pincelada á sus ojos y la última mano á su tocado, la dama salió de la estancia y entró en su automóvil, dijo al chófer:

—Al palacio arzobispal.

II

Las pinturas decorativas del salón de recibir de aquel arzobispo, eran poco más ó menos, aunque de distintos asuntos, de una frivolidad románica que formaba juego con los cuadros de la aristócrata. Ni Rembrandt, ni el Tintoretto, ni siquiera Velázquez, el pintor español castizo, firmaban aquellos cuadros y tapices. Allí había algunos frescos, pero no de Goya; asuntos religiosos y bíblicos, todo mal pintado; groseras copias de los grandes artistas que fueron; tal decorado ponía de manifiesto el gusto de aquel arzobispo de gran capital.

La aristócrata entró de prisa.

—Ex-celentísimo Padre, vengo á que me déis vuestra bendición: marchó á la guerra como enfermera.

—Que Dios te bendiga como yo lo hago, hija mía, y que tu santa obra sea premiada como merece.

Y la bendijo.

III

El hospital de sangre estaba lleno de heridos. Aquel rojo que brotaba de las rasaduras humanas en nada se parecía á las tonalidades encarnadas que iluminaban los cuadros de su saloncillo azul, pensaba la aristócrata, estremecida de espanto, al recorrer las salas.

Un joven soldado moribundo que ocupaba una de las camas, la había molestado un poco al decirle:

—Oye, tú, mujer: dame agua...

—¡Mujer!... ¿Tú no sabes, desgraciado, que soy aristócrata, que por mis venas corre distinta sangre que la tuya?

—Yo no sé cómo será tu sangre, mujer: voy doy la mía por mi patria, y es roja. Qué, ¿es negra la tuya?

IV

—¡Señora, el niño se ha caído hiriéndose en un brazo! ¿Voy á buscar al médico?

—No, no; trae yodo, vendas, agua hervida, algodón...

—Señora, pero ¿usted va á curarlo de veras?

—Sí, hija, sí. Dispónlo todo en seguida, en seguida. Yo sé curar; aprendí en la guerra. Mira, mira cómo brota la sangre: cita de mi hijo... ¡Y es roja, roja... como la de los soldados!...

¡Todos somos iguales!

MARIA MARIN

Barcelona.

La religión es un freno

El día 8 del actual una señora acongojada y llorosa se acercó á pedir auxilio á dos guardias en la Plaza de San Agustín (Barcelona). Se trataba de que un cura, de quien era ama, la maltrataba.

Al entrar con ella los guardias en la casa, el ministro del Altísimo hizo ademán de sacar un arma; al interrágale, les contestó que, dados los lazos que le unían

á la señora, podía hacer con ella lo que le diese la gana. En vista de esto le dijeron que los acompañase al Palacio de Justicia.

Negóse á seguirlos, mas por fin consiguieron llevárselo, seguidos de los muchos curiosos que había reunido el escándalo y los que se les agregaron en el trayecto.

José Peguera Curiá, que así se llama el tonsurado, prestó de claración ante el juez de guardia del distrito del Oeste y fué puesto en libertad.

Mas no paró aquí la cosa.

Aquella misma noche tomó una curda monumental, se echó á la calle, y en la plaza susodicha insultó á otros guardias, agrediendo á uno.

Intervinieron en la lucha serenos y vigilantes, á los que tampoco hizo caso, lo girando tras grandes esfuerzos concucirle á la Delegación, y de allí nuevamente al Juzgado de guardia.

El juez decretó su ingreso en la cárcel celular á disposición del Juzgado de la Audiencia.

Cada suceso de estos me confirma en esta idea: que he fracasado en mi intento de moralizar al clero, puesto que todavía hay individuos de tan respetable clase que pegan á sus amas como los chulos, á sus queridas; se emborrachan, faltan á la autoridad y tienen que llevarlos á la cárcel.

Únicamente me consuela un poco de mi fracaso esta otra idea: que estarían peor aún si yo no me hubiese dedicado á traerlos al buen camino.

Con lo cual satisfago en parte mi amor propio y tranquilizo un poquito mi conciencia.

Una parábola de Diderot

Apenas sé ya dónde leí una bella imagen de Victor Hugo, muy citada, muy repetida por los escritores de estos tiempos y que aproximadamente dice esto ó algo parecido á ello: «en cada pueblo hay una vela encendida, el maestro, y un hombre que la apaga, el cura». Y que se me perdona si no está reproducida al pie de la letra; el fondo de ella es el demostrar que el cura es la antitesis de la instrucción y la cultura.

El cura es siempre un teólogo, un hombre que estudia y explica lo que es Dios, ó lo que él cree que es, aunque en las demás cosas ese cura sea un ignorante completo. Pero como Dios es lo inexplicable, puesto que nadie lo ha explicado—lo que no existe es difícil de explicar—el teólogo inventa sofismas, amontona absurdos, reúne y ensarta falsedades con el fin de mantener un error secular. Cuando el sentido común se rebela contra los absurdos religiosos, el teólogo acude á la fe como supremo argumento. Cuando la razón destruye la falacia de la sinrazón, el teólogo acude á la parábola, esa narración fingida de donde se saca una conclusión moral, que lo mismo puede ser verdadera que falsa. Y los teólogos abusan de las parábolas en perjuicio de la realidad. Los teólogos han hecho de casi todas las parábolas y sofismas conocidos un vasto sistema de argumentos y de discusión para defender la hipótesis Dios. A todo ese conjunto informe y enrevesado de ideas falsas le han denominado Teología. Pero en verdad la Teología no es más que el arte de mentir. Han metodizado ese falso arte, lo han clasificado, distribuido, desmenuzado

y dividido en diversas partes para darle apariencias científicas. Así, nos hablan de Teología dogmática si quieren explicar nos lo que es la fe; nos hablan de Teología escolástica, si quieren explicarnos los argumentos del pagano Aristóteles; nos hablan de Teología litúrgica, si quieren explicarnos cómo se verifican los actos del culto á Dios; de Teología moral, cuando nos aconsejan lo que ellos piensan que debe ó no debe hacerse; de Teología poética, cuando nos repiten los sofismas de los padres de la Iglesia y de la Biblia; de Teología canónica, para mostrarnos las leyes de la Iglesia; de Teología mística, para decirnos lo que mejor que puede hacer el hombre es perder el sentido pensando en Dios; y así de otra porción de cosas. De todo ello sólo una verdad permanece en pie: la de que jamás han conseguido los teólogos entenderse entre sí ni explicar á Dios del mismo modo, apesar de que todos ellos dicen que están iluminados por inspiración divina. El cura Meslier, francés, lo ha demostrado con gran claridad en sus libros y Voltaire lo ha recalca do con mucha ironía.

El teólogo, ya sea un simple cura, ya sea orador mitrado, ya sea papa, es siempre un ser funesto para la sociedad. A mi parecer, el que mejor ha dado á entender la verdadera intención del teólogo ha sido Diderot, el enciclopedista del siglo XVIII, aunque para ello se haya valido de una parábola. Diderot, según nos cuenta en sus novelescos diálogos que él tituló *El sobrino de Rameau*, tenía la costumbre de ir á meditar todas las tardes á eso de las cinco al Palais Royal, donde se sentaba completamente sólo sobre el banco de Argenson. Diderot, el notable escritor, el mecánico, el matemático, el filósofo, era un hombre meditabundo. Y escribió una bella parábola que he visto incluida entre sus *Máximas y pensamientos*, aunque ignoro si está entresacada de alguna otra obra suya, pues publicó *Pensamientos filosóficos*, libro que fué condenado al fuego. La parábola, que en la edición francesa se intitula *Un teólogo*, dice así conforme á la traducción literal que en este momento hago: «Extraviado en una selva inmensa durante la noche, no tengo más que una pequeña luz para guiarme; sobreviene un desconocido que me dice: «Amigo mío, sopla la brujía para hallar mejor tu camino». Este desconocido es un teólogo. No se necesita interpretar esta parábola de Diderot para saber lo que es un teólogo. Ya lo interpretó Victor Hugo en el siglo pasado.

VOLNEY CONDE-Pelayo
Portugalete, Septiembre 1921.

RECORTE

El odio es santo. Es la indignación de los corazones fuertes y poderosos, el desdén de las personas á quienes la medianía y la necesidad encjan. Odiar es amar, es tener el alma fuerte y generosa, vivir holgadamente despreciando lo necio y lo vergonzoso.

El odio consuela, el odio hace justicia, el odio engrandece.

Cada vez que me he revelado contra las sociedades de mi tiempo, me he sentido rejuvenecer y he cobrado alientos. He hecho mis compañeros al odio y á la arrogancia; me he complacido en aislarme, y en mi aislamiento he querido odiar cuanto atacaba á lo justo y á lo verdadero. Si hoy

valgo algo, es porque estoy solo y porque odio.

EMILIO ZOLA

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR Á EL MOTIN

Santos Aparicio, Madrid, 5 pesetas. José M. nzano, Sevilla, 4; Ruperto Santolaria, Segorbe, 2,50; T. Manzano, Plasencia, 6.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Peñaraña.—Amador S. Rivero. Abonada su suscripción á fin Diciembre 1922.

Idem.—Gerzalo Hernández. Id. á fin Diciembre 1922.

Peñafior.—Antonio Usero. Id. á fin Marzo 1922.

Lerma.—Leopoldo Miguel. Id. á fin Diciembre 1922.

Guareña.—José Silos. Id. á fin Junio 1922.

Idem.—Santiago Alvarez. Id. á fin Junio 1922.

El Tiemblo.—Manuel Martin. Id. á fin Noviembre 1922.

Cádiz.—A. Gil. Id. á fin Diciembre 1922.

Sevilla.—J. Manzano. Id. á fin Diciembre 1922.

Orense.—Pío Príncipe. Id. á fin Octubre 1922.

Los Santos.—Felix Luna. Id. á fin Febrero 1922.

Barcelona.—A. Escudero. Id. á fin Diciembre 1921.

Plasencia.—T. Manzano. Id. á fin Diciembre 1922.

Valle de Abdalajis.—J. Iniesta. Id. á fin Marzo 1922.

Lugo.—J. Marrondo. Id. á fin Diciembre 1921.

Ferrol.—Ramón Beade. Id. á fin Diciembre 1922.

Segorbe.—R. Santolaria. Id. á fin Diciembre 1922.

Utrera.—Julio González. Id. á fin Septiembre 1922.

Palamós.—S. Plaza. Recibido su Giro de 15 pesetas á cuenta.

Vegadeo.—P. Martínez. Id. de 6,05 á cuenta.

Daroca.—Viuda de Pló. Id. de 5,40 á cuenta.

Gibraleón.—M. García. Id. de 9,10 Con forme.

Port Bou.—José Mont. Id. de 15 á cuenta.

Alcira.—F. Nacher. Id. de 3,60. Con forme.

Cheste.—L. Guillén. Id. de 15 Con forme.

Utrera.—E. González. Id. de 2,40 Con forme.

Lorca.—S. Sánchez. Id. de 10.

Manises.—Miguel Valle. Id. de 10.

Vinaros.—A. Saura. Id. de 10,50 á cuenta.

Blanes.—Rafael Martí. Id. de 3,90 Con forme.

Navia.—J. Méndez. Id. de 4,30. Con forme.

Albacete.—Isidoro Martín. Id. de 3. Con forme.

Libertad y á ellos!

FOR

José Nakens

DOS PESETAS TOMO

Imp. Juan Pérez.—Pasaje de Valdecilla, 2.—Madrid